

TEXTOS LITERARIOS Y EMOCIONES

COMUNICACIÓN CONJUNTA:

Josefa Sánchez Doreste
I.E.S. Cruz de Piedra
Las Palmas de Gran Canaria

Jaume Gaya Catasús
I.E.S. Joan Ramon Benaprès
Sitges.

RESUMEN:

La enseñanza de la Literatura es esencial para el completo desarrollo de la personalidad humana. La literatura es pródiga en sentimientos y emociones. Es fruto de la emoción humana. Pero despertar en el alumno el amor a la lectura no es fácil. Acercarlos a una obra literaria, a través de la emoción, requiere una serie de habilidades que no todos los profesores poseen. Tratar de desarrollar la empatía entre el sujeto poético de una obra literaria y el lector, empatizar con el autor, ayudar al desarrollo de la sensibilidad del receptor-alumno son funciones del filólogo y educador.

A la hora de acercarnos a una obra literaria podemos hacerlo desde múltiples perspectivas. Podemos acercarnos a ella por puro deleite, movidos no sólo por su belleza formal sino por el cúmulo de sensaciones que nos produce desde el momento mismo que tomamos contacto físico con ella. Tomar un libro entre las manos, buscar el poema elegido, leerlo pausadamente, releer lo ya leído, buscar nuevos mensajes, forman parte de los placeres de un lector. Porque con cada lectura sentimos de forma diferente; dependiendo del estado de ánimo del momento descubrimos algo nuevo que no habíamos percibido antes, vivimos nuevas emociones, nos acercamos al mundo del autor.

Podemos acceder a la literatura movidos por un afán investigador, para juzgar su grandeza no sólo atendiendo a criterios estéticos sino, como propone Eliot (1933), atendiendo a criterios extraestéticos. Podemos intentar descubrir al autor entre los personajes, buscar su conexión con el sujeto poético, seguir el hilo de su pensamiento a través de varias de sus creaciones con la casi completa seguridad de encontrarlo, porque entre los distintos escritos de un mismo autor existe una conexión indudable.

Podemos acercarnos también a una obra literaria guiados por nuestra profesión. Como profesores de Educación Secundaria nos asiste la obligación de desarrollar en nuestros alumnos estrategias que les lleven al desarrollo completo de su personalidad a través de nuestra materia de enseñanza, que les lleven a encontrar en la literatura una fuente de placer y enriquecimiento personal. Pero el cumplimiento de esta obligación es una nueva fuente de placer para nosotros, pues se trata de acercar a otros a lo que amamos de forma muy especial: la

lectura. Que nuestros alumnos encuentren en las obras literarias una fuente de disfrute, a la vez que un medio de maduración personal.

Es incuestionable el poder educador de la literatura. En la *República*, Platón (1974: 696). reconoce su función educativa pese a que lanza duros ataques contra ella, especialmente contra la que denomina poesía “imitativa”. Preocupado por intereses éticos, señala la necesidad de una vigilancia especial, de una censura sobre los contenidos poéticos: “En primer lugar, por tanto, hemos de vigilar a los que inventan fábulas, aceptándoles tan sólo las que se estimen convenientes y rechazando las otras.”

Aunque no compartamos totalmente el pensamiento platónico –cosa lógica, dado el tiempo transcurrido y hechos históricos que nos separan- tendremos que reconocer la función educativa de la literatura, su poder en la formación de la personalidad es indudable.

Schopenhauer (1998: 35).admite la importancia de la literatura para la estructuración del pensamiento, pero rechaza la lectura compulsiva. Leer en exceso, absorber de forma indiscriminada el pensamiento de otro, es tan perjudicial como no leer nada. Hay que formar “pensadores”, señala. No basta con ser “erudito”, adquirir una mente enciclopédica no es la finalidad de la lectura. Pensador es aquel que reflexiona, que se cuestiona lo leído, que compara, interpreta y se forma su propio pensamiento. La lectura debe enseñar al lector a pensar por sí mismo, porque “el pensar ha de ser estimulado, como el fuego por una corriente de aire, y sostenido por algún interés en el tema que está en juego”.

Es esencial para los profesores de Lengua y Literatura desarrollar estrategias que hagan posible el acercamiento de sus alumnos a la materia objeto de su enseñanza. No de forma esporádica y por un corto periodo de tiempo –el que dure su estancia en las aulas- sino que la literatura se convierta en una fuente generadora de experiencias positivas y de disfrute para ellos a lo largo de toda su vida.

Si nos centramos en la etapa de la infancia, es de todos conocidos el éxito que tiene entre los niños –con raras excepciones- los cuentos populares de hadas. A todos, niños y niñas, desde pequeños, les gusta que le cuenten cuentos. Y cuando crecen, les gusta leer por sí solos las historias que ya conocen. Bettelheim (1999), educador de niños gravemente perturbados, considera fundamental para el desarrollo intelectual y emocional de los niños la incorporación a la enseñanza de lo que siempre hemos considerado una actividad lúdica: la lectura de los cuentos de hadas. Cabría preguntarse en qué etapa de la vida pierden los chicos el interés por la lectura, así como la causa de que los cuentos populares atraigan su atención.

Consideramos de gran interés investigar la causa que hace que los más jóvenes amen la lectura de determinadas obras, y no las que los profesores pretendemos que lean. Indudablemente, los cuentos de hadas tienen un encanto y una magia especial que logran conectar con lo más íntimo de nuestros niños: con su vida emocional. No podemos olvidar que la lectura de obras literarias puede contribuir al desarrollo completo de la personalidad.

Según Delors (1996: 95), para cumplir el conjunto de las misiones que le son propias, la educación, para hacer frente a los retos del siglo XXI, debe estructurarse en torno a cuatro aprendizajes fundamentales: *aprender a conocer*, *aprender a hacer*, *aprender a ser* y *aprender a vivir juntos*. Por supuesto, estas cuatro vías del saber convergen en una: la realización de la personalidad en su totalidad:

La Comisión estima que, en cualquier sistema de enseñanza estructurado, cada uno de esos cuatro «pilares del conocimiento» debe recibir una atención equivalente a fin de que la educación sea para el ser humano, en calidad de persona y miembro de la sociedad, una experiencia global y que dure toda la vida en los planos cognitivos y práctico.

Ateniéndonos a lo expresado, nuestra materia de enseñanza deberá contribuir al desarrollo completo de la personalidad de los jóvenes. La enseñanza de la Lengua y la Literatura deberá ir orientada a la consecución de dicho fin. Pero para ello se requiere un docente formado, no sólo en el marco de la disciplina que imparte sino en las áreas de pedagogía y psicología. Un docente que deberá aprender por sí mismo a incorporar a su materia de enseñanza unas nuevas estrategias encaminadas al desarrollo de unas capacidades relacionadas con la vida emocional.

La Comisión es consciente de que se pide a los docentes no sólo que abarque un campo para el que no se le ha formado previamente, sino que oriente de forma diferente su formación universitaria: concebir la Lengua y la Literatura como una herramienta para educar y no como un fin en sí misma. Así lo expresa Delors (1996: 172):

A lo largo de su existencia los profesores tendrán que actualizar y perfeccionar sus conocimientos y técnicas. El equilibrio entre las competencias en la disciplina enseñada y la competencia pedagógica debe respetarse cuidadosamente. [...] La formación del personal docente debe además una concepción de la pedagogía que vaya más allá de lo útil para fomentar la crítica, la interacción y el examen de diferentes hipótesis. Una de las misiones esenciales de la formación de los docentes, tanto inicial como continua, es desarrollar en ellos las cualidades éticas, intelectuales y afectivas que la sociedad espera que posean para que después puedan cultivar las mismas cualidades en sus alumnos.

Se desprende del Informe, pese a que solamente hace referencia a la pedagogía, que el docente deberá incorporar a su formación, conocimientos de psicología, y de todas aquellas disciplinas del campo de las humanidades encaminadas al mejor conocimiento de la mente humana. Conocimientos sumamente importantes, en la medida que le ayudarán a comprender y a relacionarse con aquellas personas a las que tendrá que enseñar a aprender por sí solas.

Pero no sólo se espera del docente que se forme intelectualmente. Se le pide que incorpore a su personalidad esos nuevos elementos: cualidades éticas y afectivas, además de las intelectuales. Se espera del docente que desarrolle en sí mismo otros tipos de inteligencia: su “inteligencia intrapersonal” y su “inteligencia interpersonal”, ambas imprescindibles para el nuevo papel que se espera de él. El docente habrá de plantearse el nuevo reto que deberá asumir y si éste es acorde con la situación actual de su trabajo.

A menudo nos preguntamos si el trabajo del docente en el aula da respuesta a los cuatro pilares de la educación, recogidos en términos de aprendizajes en el *Informe Delors*.

Con el reconocimiento de la psicología como disciplina independiente, dentro del campo de las ciencias humanas, la Literatura se ha visto influenciada por los descubrimientos hechos en este campo, como se ha visto también enriquecida con el nacimiento de la sociología.

Wellek y Warren (1993: 97) acuñan el término *psicología de la literatura* para referirse a las relaciones que se establecen en el acto de comunicación literaria entre el emisor, la obra literaria y el receptor:

Con el término “psicología de la literatura” podemos referirnos al estudio psicológico del escritor, como tipo y como individuo, o al estudio del proceso creador, o al de los tipos y leyes psicológicas presentes en las obras literarias, o bien, por último, a los efectos de la literatura sobre los lectores (psicología del público).

Nosotros hemos querido centrar nuestro estudio en la psicología del lector y, desde nuestra experiencia como docentes, hemos tratado de encontrar una vía que nos lleve al objetivo último de nuestras clases de literatura: formar receptores capaces de descubrir en el arte literario una fuente de placer y de enriquecimiento personal. Nuestro trabajo versará sobre dos tipos concretos de receptores: el profesor, persona formada y deseosa de transmitir, no unos contenidos teóricos de lo que es su materia de enseñanza, sino un sentimiento de amor hacia la literatura entendida como obra de arte, y el receptor-alumno, persona a la que hay que ganar, sorteando toda la amplia gama de resistencias con las que trata de protegerse.

En el ámbito de la enseñanza, el docente ideal es un receptor concienciado de su valor transmisor entre un autor-emisor y un receptor-alumno. Desde esta perspectiva, el profesor es el canal, el medio que hace posible la comunicación. De la capacidad de motivación del docente dependerá, en gran medida, la actitud del alumno ante la Literatura, su mayor o menor aceptación del mensaje (Sánchez y Gaya, 2004).

El receptor-alumno es el verdadero artífice en este proceso de comunicación que queremos resaltar, un individuo en vías de formación no muy convencido de la importancia de la Literatura en su proceso de maduración personal. Nos encontramos ante un lector de corta edad, al que hemos de guiar y ayudar a descubrir los placeres que puede ocasionarle el adquirir el hábito de la lectura, que difícilmente “disfruta” ante una composición literaria alejada en el tiempo y el espacio de su propia realidad. Este “forzado” receptor no alcanza a ver la relación entre su mundo y el expresado por el autor-emisor en el poema, o fragmento literario, al que se acerca por obligación y no por interés personal. Por otra parte, el mensaje le viene impuesto “desde fuera”, le es ajeno. Nos preguntamos qué significado puede tener, por ejemplo, la poesía de Jorge Manrique, concretamente las *Coplas por la muerte de su padre*, para un chico que esta empezando a vivir. O también qué significado puede tener la muerte si, por suerte para él, no ha vivido aún esa experiencia de forma cercana. Desde su posición, nos preguntamos también cómo preteñir que entienda el mensaje de Jorge Manrique y sienta la emoción que llevó al poeta a sublimar su dolor.

La aceptación de la Literatura como forma de placer y de enriquecimiento personal es el logro, como resultado final, de un largo proceso de desarrollo iniciado en la primera infancia. A través de una serie de lecturas inteligentemente elegidas y trabajadas, en cada etapa educativa, el alumno irá desarrollando su capacidad de pensar y encontrando un poco de significado congruente que ir incorporando al desarrollo de su mente, a lo largo de su proceso de maduración personal.

Wellek y Warren (1993), para quienes “el poema es la experiencia del lector” y “un poema sólo puede conocerse mediante experiencias individuales”,

postulan que la formación y la personalidad de cada lector son determinantes a la hora de acercarnos a una obra literaria. Cuando mejor formado esté un lector, mayor será su nivel de captación y mayor su disfrute ante un texto literario. De la formación intelectual y del nivel de sensibilidad del lector depende su acercamiento o actitud de rechazo hacia la lectura, y esto depende en gran medida de nuestra habilidad como enseñantes. Transmitir conocimientos teóricos es fácil forma parte de nuestra formación universitaria, pero ¿cómo contribuir al desarrollo de la sensibilidad de nuestros jóvenes lectores?

Aunque la psicología del lector nunca ha sido objeto de interés en los estudios literarios, nuestro trabajo incide directamente en el receptor. Como personas dedicadas a la educación entendemos la necesidad de formar lectores, enseñarles a descubrir los valores de una obra literaria y para ello es absolutamente necesario entender los procesos mentales de ese lector principiante. Es preciso buscar obras que despierten su interés, que conecten con su mundo interno. El paso siguiente sería hacer uso de nuestros conocimientos filológicos y adentrarles en el mundo de la literatura. Por lo general, el valor de los signos, el ritmo, el estilo y la estilística no son valorados por un espíritu sin formación. El primer paso es despertar las emociones de los alumnos, preparar su espíritu para la lectura (Sánchez, 2002).

Según el estado de ánimo del lector, de su formación intelectual y literaria, y dependiendo de su estado emocional, podrá captar un mensaje u otro, podrá sumergirse en la inmensidad de su arte o visualizar simplemente la superficie del papel en que está escrito. La obra literaria es el resultado de un proceso creador que pone en contacto dos procesos mentales, el del creador y el del lector. Conectar con el mundo emocional del escritor, interpretar su mensaje, vivir una emoción, es dar nueva vida al poema.

Acercar al receptor a una obra literaria, a través de la emoción, requiere una serie de habilidades que no todos los lectores poseen. Tratar de desarrollar la empatía entre el sujeto poético de una obra literaria y el lector, empatizar con el autor, ayudar al desarrollo de la sensibilidad del receptor –en nuestro caso concreto, del alumno– son funciones del filólogo y educador.

Es evidente la importancia de la Psicología y del Psicoanálisis en el proceso educativo. Refiriéndonos al caso concreto de nuestra área de enseñanza, el Psicoanálisis reconoce la comunicación literaria como un proceso que comienza en el inconsciente del autor y termina en el inconsciente del lector. Nosotros queremos interceptar entre ambos al profesor, en la medida que se constituye en el “canal”, como ya hemos señalado, de ese proceso de comunicación.

La educación, tal y como se concibe en el siglo XXI, recogida en el documento de Delors, no se concibe sin un profesor formado en esta nueva disciplina. Un docente que conjugue el arte de enseñar con el de educar.

Delors (1996: 166), reconoce la importancia del papel que cumple el personal docente como agente de cambio. Éste, además de la transmisión de su saber, debe ejercer competencias pedagógicas muy variadas y poseer cualidades humanas, no sólo de autoridad, sino también de empatía, paciencia y serenidad.

No es preciso señalar la importancia que tienen los educadores en el desarrollo de la mente y la personalidad de un niño. La literatura es una herramienta muy eficaz, si se sabe orientar su enseñanza, si el docente es capaz de “comunicarse”, además de comunicar el mensaje literario. El poco éxito en la

adquisición de las destrezas ligadas a la lectura y escritura viene determinado no sólo por la mala elección de las lecturas escogidas para tal fin, sino por el escaso poder comunicador del profesor.

Gaya (2002: 219) señala la importancia de la comunicación no verbal (CNV) en la vida social y, consecuentemente, en el aula de clase:

Podemos afirmar que la CNV es omnipresente en la vida real. (...) , en cada forma de interacción humana . Consciente o inconscientemente la mayoría de los mensajes que emitimos o recibimos son no verbales, incluso cuando la comunicación es principalmente verbal.

Con todas estas reflexiones tratamos de demostrar que en la situación actual es insuficiente nuestra formación filológica en lo que se entiende por educación en la etapa actual. La formación continua del profesorado deberá incluir aspectos enfocados al dominio de la pedagogía y de la psicología, tan necesario para abordar el desarrollo completo de la personalidad. El desarrollo de la inteligencia emocional, tanto en el profesor como en el alumno, es un tema que no se puede descuidar.

BIBLIOGRAFÍA

BETTELHEIM, B. (1999): *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Crítica.

DELORS, J. (1996): *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana.

ELIOT, T. S. (1933): *The Use of Poetry and the Use of Criticism*. Cambridge: Mass. [Cit. en G. WILLIAMSON (1954): *A Reader's Guide to t. s. Eliot: A poem by Poem Analysis*. New York: Farrar Straus and Cudahy. pp. 34].

GAYA J. (2002): "La comunicación no verbal". *Corazones inteligentes*. Eds. P. Fernández Berrocal y N. Ramos. Barcelona. Kairós. pp. 219-237.

PLATÓN. (1974): *Obras completas*. Madrid: Aguilar.

SÁNCHEZ, J. (2002): "La educación de las emociones a través de la lectura". En *Corazones inteligentes*. Eds. P. Fernández Berrocal y N. Ramos Díaz. Barcelona: Kairós. pp 377-393.

SÁNCHEZ, J. y GAYA, J. (2004): "El proceso de decodificación del mensaje literario. Actitud y aptitud del receptor." *Actas del VII Congreso Internacional de la SEDLL*. La Coruña: Diputación Provincial. pp 227-235.

SCHOPENHAUER, A. (1998): *Pensamientos, palabras y música*. Madrid: Edaf.

WELLEK R. Y WERREN A. 1993: *Teoría literaria*. Madrid. Gredos.
